

# JAIME Y EL PERRO BRAVO

Por *Ana Harties*

LA MAMA llamó a Jaime, que en ese momento estaba jugando en el patio de atrás con su amigo Tomás, para que fuera a la tienda a comprarle harina.

-Yo no puedo ir a la tienda -respondió Jaime-. El perro de aquella casa me morderá.

-Yo iré -ofreció Tomás.

-Pregúntale primero a tu mamá si puedes hacerlo -le dijo la mamá de Jaime, y Tomás corrió a su casa para conseguir el permiso.

-Yo no tengo miedo del perro de la Sra. Salinas -alardeó cuando regresó a la casa de Jaime, listo para ir a la tienda. A mí no me da miedo un perro que ladra.

La mamá de Jaime le dio el dinero para comprar la harina.

-Anda con Tomás -le dijo ella a su hijo.

-Yo no quiero ir -dijo éste retrocediendo-. Ese perro no me quiere. Me gruñe y me ladra.

-Bueno yo no tengo miedo -repitió Tomás.

Jaime observó a su amigo ir hacia la tienda. Tomás caminó por la vereda alejándose de la cerca de la Sra. Salinas. El perro negro ladró y corrió de un lado a otro pasando junto a Tomás, pero no lo tocó. Este siguió caminando y pasó la casa.

Jaime anhelaba ser tan valiente como su amigo, pero todos los perros le infundían temor. A menudo pensaba en lo que su papá le había dicho. "Todos los perros ladran para demostrar que protegen su patio. No muestres que tienes miedo, y el perro no te molestará", dijo.

Al día siguiente Tomás visitó a su abuelita, y Jaime no tenía a nadie con quien jugar.

Saliendo a la acera miró temeroso hacia la casa de la Sra. Salinas.

Pensó en el perro bravo y en lo que su papá le había dicho. En ese momento el perro no estaba en la acera ni en el patio del frente. "Voy a ser valiente -se dijo Jaime en voz alta-. Voy a caminar por la vereda frente a la casa de la Sra. Salinas. Seré valiente", se repitió mientras caminaba lentamente calle abajo.

Se iba acercando cada vez más. Parecía que el perro no estaba allí. No se lo oía gruñir ni ladrar.

"Soy realmente valiente" pensó pero en ese instante vio que algo se movía detrás de un arbusto. Oyó un gruñido. Y de pronto un horrible perro negro se paró frente a él. Jaime se quedó mirándolo. Parecía que el perro quería comérselo con los ojos. Mostraba sus dientes grandes y afilados.

Por un momento Jaime quedó inmóvil. Le pareció que su casa estaba a muchos kilómetros de distancia. Ni siquiera tuvo el valor de llamar a su mamá. De pronto se dio cuenta de que estaba corriendo hacia la casa, tan rápido como se lo permitían sus piernas. Entró corriendo en el patio y cerró de golpe el portón.

Un día Tomás y su primo fueron a la casa de Jaime.



-Vayamos a la heladería para comprar un cono de helados -le dijo Tomás a Jaime-. Mamá nos dio suficiente dinero para comprar un cono para ti también.

Yo no quiero ningún helado -dijo Jaime-. No tengo hambre.

-Jaime tiene miedo de un perro, -le explicó Tomás a su primo.

-¿Tú tienes miedo de un perrito? -se rió el primo.

-Yo no quiero ningún helado -repitió Jaime y comenzó a caminar hacia la casa.

-Tú eres un cobarde -le dijo el primo de Tomás.

A Jaime no le gustó que lo llamaran cobarde. Se detuvo cuando llegó al portón y miró a su amigo Tomás y al primo de éste. Entonces oyó que su madre le decía desde el porche:

-Tú puedes ir a la heladería con los muchachos, Jaime.

Jaime estaba tan asustado que sintió deseos de llorar. Pero tampoco quería que los muchachos lo llamaran un bebito llorón.

-Yo no tengo miedo -dijo reteniendo las lágrimas.

-Bueno, muéstranos que no lo tienes -le dijo Tomás.

Jaime miró a Tomás. ¿Y si Tomás no hubiera querido jugar más con él porque era un cobarde? Perdería a su mejor amigo. Sería mejor que ese perro horrible lo mordiera, que perder a su amigo Tomás.

Jaime caminó junto a sus amigos del lado más alejado de la acera y salió rumbo a la heladería con Tomás y el primo de éste. Con sólo pensar en que el perro pudiera morderlo, ya le dolía la pierna.

A Jaime le resultaba cada vez más difícil respirar. No podía conversar con los muchachos. Se mantenía a la expectativa del perro. Por fin lo vio. Al principio le pareció como una gran bola de pelo negro. El perro se puso de pie y Jaime le vio la boca llena de dientes. Tuvo deseos de correr hacia la casa para huir de él. El perro gruñó y se acercó. Jaime miró hacia adelante. No quería ver cuando el perro lo mordiera.

-¿Ves? El perro no te mordió -Jaime oyó que le decía su amigo Tomás.

Jaime miró en derredor de él. Ya habían pasado la casa de la Sra. Salinas. El perro había vuelto a acostarse debajo del arbusto que estaba junto a la cerca.

El papá tenía razón. Sí él seguía caminando sin prestar atención al perro, éste no le haría ningún daño.

Jaime sonrió.

-Yo no soy un cobarde -dijo muy orgulloso. Casi no podía esperar el momento de volver a la casa para contárselo a la mamá.